

ALFAGUARA



Hugo Chaparro Valderrama

Si los sueños me
llevaran hacia ella

Llegué a Castlevew con una fotografía de Croton-Harmon, un libro de John Cheever y un amigo que jamás he vuelto a ver. La fotografía era apenas una imagen supuesta, pues no había revelado el rollo en el que se encontraba, ni siquiera Croton-Harmon, sólo la estación de ese pueblo perdido que, por alguna razón, vislumbré a través de la ventanilla, obligándome a registrar las bancas, las columnas, el aire desolado de un ámbito otoñal donde un anciano, solitario y colgado de un gigantesco tabaco, miró con tristeza mis esfuerzos y la tontería que con toda seguridad significaba para él gastar una instantánea que luego se perdería en el tiempo. Cuando el tren reinició el viaje, la masa oscura de un salvaje escupitajo largado por el personaje, me hizo sentir su desprecio. Tal vez sufriría del tedio de su propia vida, sometida a un lento deterioro que no lo llevaría a otra parte que a un terreno baldío en alguna colina cercana para contemplar por siempre esas calles en las que nada era posible.

El libro de John Cheever lo había conseguido en una casa no menos ruinoso y encantadora que el paisaje que la rodeaba: una vieja librería de dos pisos, situada en un barrio que esperaba a sus clientes con la

resignación de las viejas costumbres y la paciencia crujiente de unas escaleras que aullaban de forma lamentable mientras subía sus peldaños. La dueña, una mujer centenaria acodada en el mostrador con cualquier libro, sin importarle quién entrara o saliera, estudió el volumen con evidente apatía, consideró la foto de Cheever que estaba en la contracarátula y me dio el cambio mientras decía: «Se lleva un hermoso ejemplar». Como si fuera un caballo, un cerdo premiado o una res campeona en alguna feria provincial. Cheever... Al fin y al cabo, un pura sangre del cuento. El estallido de la campanita que golpeó contra la puerta, el silencio al exterior de la librería y el ligero escalofrío que me recorrió, me brindaron una renovada sensación de vida, todavía más grata por la compañía del tomo que me abultaba la mano.

En lo que toca a mi amigo, me salvó la vida pero creo que perdió, ya para siempre, la suya. En una habitación de Castlevew que anunciaba en apariencia una plácida temporada al ritmo de los colores cambiantes que acariciaban las hojas de los árboles, alternando esa serena visión con la asistencia infatigable a un evento cinematográfico que nos iría dibujando unas ojeras cada vez más turbias y notables en la mesa del desayuno, en esos pocos y rápidos días, la suerte nos propuso un juego que terminó por raptar a mi amigo, no sé si al matrimonio con Louise o a una definitiva e insalvable perdición que lo apartó para siempre de mí.

De Canadá me habían dicho que era el país más civilizado del mundo. Pero la civilización, ya se sabe... Puede ser una broma, un biombo que disimula con apariencias el rumor oscuro de las pesadillas. A la madrugada cenicienta que nos recibió en Castlevew,

respirando sobre nuestros hombros el aliento del frío, siguió el rostro de Louise, con el sueño surcándole los ojos y un gesto de cordialidad que nos produjo vergüenza por llegar a esa hora. Luego de unas necesarias disculpas, de firmar en el cuaderno de huéspedes y caminar con cautela por la casa en penumbra, tenuemente iluminada por lámparas solitarias que orientaban el rumbo, se abrió la puerta al descanso y a la tibia comodidad de un lecho donde caímos, disfrutando el primero de varios sueños que se irían confundiendo con la atmósfera del lugar. «Una casa con encanto victoriano», nos sugirió la guía que temblaba en nuestras manos. Un sitio acogedor, para ofrecer al viajero un hogar lejos de su hogar, decorado con el talento de esforzados carpinteros, hermosas y antiguas chimeneas y anfitriones cordiales y amables.

Antes de dormirme, recordé la dulce voz de Louise:

—El baño está al final del pasillo.

Un tenue velo de luz se alcanzó a filtrar por los postigos que protegían Castlevew. Desde la almohada vi parpadear la hora de un reloj incandescente, situado en una mesa que separaba las camas, titilando sus números electrónicos y rojizos en el tablero de un radio. Atendí el cambio de un cinco por un seis, anunciando el principio del día y mi risa solapada, acolchada por los ronquidos que tronaban a mi lado. «Si parecemos vampiros», me dije. «Rendidos cuando llega el alba». El comentario, quizás animado por el género del festival, cine de horror, donde veríamos una retrospectiva de Tod Browning y su inevitable *Drácula*, se atragantaría después en mi alma: nunca quise presagiar otra cosa que un buen rato en el lugar.

Pero entonces me dormí con la dulzura en los labios. Un par de horas con las que no pudo mi insomnio, ya tan veterano que me había acostumbrado a él. Si me acompañaba desde siempre. Así que el sueño no me espantaba y visitarlo era para mí un placer tan raro como novedoso. Qué envidia, mi amigo cayó como un saco de plomo. Al rato lo seguí. Y al rato, con la misma facilidad, lo abandoné, sin que su propio estruendo lograra despertarlo.

—Sacarlo de esa murria... —pensé mientras cogía una toalla—. Como sacar a un buey de un pantano.

Me equivocaba. Cuando regresé del baño revisaba, pañuelito en mano, una artillería de lentes, dispositivos, aparatos de fotografía, cajas de película, con ese amaneramiento que emplean los dueños de miniaturas para tratar sus tesoros. Un despliegue técnico regado sobre su cama que redujo mi pobre camarita a nada —mi cámara y mi torpe habilidad para escoger la imagen ideal que ilustrara alguno de mis reportajes.

—¿Alistando el golpe?

Me miró con sus ojos amparados tras el cristal de las gafas y estiró una sonrisa que más parecía el doloroso calambre de un músculo atrofiado: nunca perdía el gesto y siempre estaba feliz, incluso a pesar de la melancolía que le sospechaba. «Será un hombre triste que sabe vivir alegre», pensé a los pocos meses de conocerlo y haber intimado con él en esas conversaciones que surgen de un trato cercano —que permiten creer en una ilusión semejante a la amistad.

—Hombre... —respondió con el profundo suspiro que alargaba sus palabras.

Las ventanas, abiertas de par en par, soplaban el viento fresco que venía del lago, de ese lecho de agua